

(5 pliegos.)



HISTORIA
DEL MANTO VERDE
DE VENECIA.



VALLADOLID:
Imprenta de Don Dámazo Santaren. = 1854.



HISTORIA

DEL MANTO VERDE

DE AMERICA.



VUELTA DOLDO

Imprenta de Don Ramon Salsarri - 1834

En el despacho del señor Meliton se notaba que andaban duendes, y Tomás, criado antiguo de la casa, estaba tan firmemente persuadido de ello, que mas de veinte veces contó á Narcisa, ama de llaves, conjurándola por todos los santos de la córte celestial para que guardase el mas profundo secreto, que oia ruido á media noche; que el libro mayor se abria y cerraba por sí mismo; que el duende andaba en chancletas, y que habia oido claramente el sonsonete del dinero que contaba.

Todos los negocios mercantiles del Sr. Meliton se despachaban en el cuarto bajo que él habia arreglado; dejando lo demas de la casa en su antiguo estado original, asi por razones de economía, como porque su única hija Ceferina, por cierto gusto melancólico, habia pedido que se conservase religiosamente la tenebrosidad de aquellos antiguos salones. Su buen gusto no podia permitir que se tocáran las oscuras habitaciones; y por el modo con que se arregló toda aquella parte del edificio, pasaba la señorita por algo visionaria: de lo cual no estaba envanecida, pues era difícil hallar un alma mas candorosa, y un carácter mas sencillo que el suyo. En su infancia murió la madre; y su padre, que ocupado con sus muchos dineros no tenia tiempo para cuidar de ella, la puso en un convento de Ursulinas, en cuyo retiro llegó tranquilamente á los diez y ocho años. Allí aprendió todo lo que convenia á su edad y clase, y su inocencia era tanta, que la hubiera costado poco encerrarse para siempre en el claustro.

El Sr. Meliton habia tenido por ama de llaves á una vieja, á la cual despidió de casa por repetidas pruebas de mala conducta; y en su lugar tomó á Narcisa, joven amable, y al mismo tiempo sacó del convento á su hija para que dirigiera los negocios domésticos. No bien habia vuelto á la casa paterna, cuando la fama de su hermosura se esparció por todas partes; y aunque Meliton no tenia tertulia ni daba convites, con todo, no hubo tío ni tia, primo ni pariente, por remoto que fuese, que no fuera á visitar á su hija. Pero las alegres fiestas, los costosos entretenimientos, y el homenaje que bajo mil formas diferentes tributaban á sus atractivos, no alteraron en lo mas mínimo la bondad de su carácter, ni sirvieron para persuadirla que era

rica y hermosa. No así su padre, á quien no se le escapaban las miras de los obsequiantes; observaba que el motivo de todas las atenciones eran la hermosura graciosa de la doncella, y el terrible influjo del oro. Por las noches, despues de volver de algun convite, solia pasar en revista á todos los que habian asistido á él; y era tal la gracia que tenia en ridiculizarlos, que ni siquiera un pelo de sus cabezas se escapaba del escrutinio. Cuando volvia á encontrar á aquellos de quienes su padre habia hablado, echaba de ver cuán ciertas eran todas sus observaciones. No habia pasado medio año cuando Ceferina se reia de todo el mundo; por consiguiente, aquellos que no eran ciegos adoradores de sus atractivos y riquezas se fueron retirando. Poco á poco empezaron á enfriarse en sus alabanzas aquellos mismos que mas la habian admirado en un principio. Las personas que arrojaron la primera piedra fueron las hijas y las madres, entre las cuales, el hermoso rostro de Ceferina, sus grandes, rasgados y espresivos ojos, su dorada carroza, sus brillantes joyas, y la inagotable variedad de sus trajes y atavíos la grangearon mil enemigas. Pero todavia mas irritados que estas estaban los importunos galanes cuya terneza habia sido despreciada; cuyos ruegos nunca fueron escuchados. Sin embargo, Ceferina ignoraba la causa de semejante mudanza; hasta ahora las madres se manifestaban corteses con ella, las hijas atentas, los hijos obsequiosos, mas ella echaba de menos aquella amistad franca y sincera que habia encontrado entre las buenas y cariñosas Ursulinas en su primera juventud. Dentro de las sagradas paredes que la separaban del mundo, nadie la envidiaba, nadie fué ridiculizado por ella; allí era amada de todos, y en ninguna parte se creyó mas feliz que en su solitaria celda. Justamente deseaba esto el Sr. Meliton, y su plan tuvo el resultado que se habia propuesto. Su hija se fastidió de una sociedad compuesta de gentes sin carácter, y se entregó al cuidado de la casa, á sus libros, á sus instrumentos y á sus flores.

Entretanto el padre no se descuidaba en observar el yerno que podia convenirle. Hacia muchos años que estaba en relaciones de amistad con el rico negociante veneciano Confortini, cuyo hijo único, igual en riquezas á Ceferina, despues de haber sido educado para el comercio, bajo el cuidado de su padre, iba

á entrar en un comercio extranjero. El viejo Confortini, que entendia perfectamente los negocios mercantiles, era sabedor de las buenas circunstancias del Sr. Meliton; sabia tambien que tenia una hija única, cuya edad correspondia á la de su hijo; que por razon de sus muchas relaciones y estenso giro de comercio, su casa debia ser la mejor escuela para un negociante jóven; y por último, que el Sr. Meliton habia sacado discípulos muy diestros. Esto le determinó á dicho señor proponer que su hijo serviria en su escritorio algunos años sin salario, lo cual fué aceptado de muy buena gana, no solamente porque asi se ahoraba el gasto de un dependiente, mas tambien con la esperanza de que el jóven Confortini y su hija Ceferina podrian formar con el tiempo una union matrimonial con un capital de cuatro millones. Asi que recibió el aviso de Venecia despidió á uno de sus mancebos para que el jóven Confortini pudiera pasar en persona dentro de poco tiempo á su casa.

En este estado se hallaban las cosas, cuando Narcisa dió parte á Ceferina de lo que habia contado el viejo Tomás, bajo promesa del mayor secreto, acerca de los estraños ruidos que habia oido en el escritorio. Ceferina la escuchó con la mayor atencion: apesar de un entendimiento ilustrado, no habia podido desarraigar muchas ideas fantásticas, ó golpes de una tímida imaginacion, que la habian costado mas de mil sustos, y de aquí nacia el no poder vencer cierta inquietud que produjo en su ánimo la relacion de esta jóven. Entrando á reflexionar, consideraba si podia haber algun engaño. El escritorio habia sido en un principio el oratorio de un convento de monjas; estaba contiguo á la iglesia, que aun servia para el público, separada solamente de aquel por una puerta de hierro con tres fuertes cerrojos y sus correspondientes llaves. Uno de los cerrojos y dos cerraduras podian abrirse por la parte del escritorio, y las demas por la iglesia; de donde se venia en conocimiento que, estando de acuerdo algun criado de la casa y el sacristan, era muy fácil entrar en el escritorio y hacer lo que mas les agradase. La puerta debió haber sido condenada con ladrillos hacia muchos años; pero cuando el Sr. Meliton compró el edificio no lo advirtió, y asi permaneció en el mismo estado.

Ceferina habia prometido á Narcisa no decir una palabra á

nadie acerca del supuesto duende, mas despues llegó á pensar que el asunto merecia comunicarse á su padre para hacer las pesquisas necesarias. No pudo su padre contener la carcajada, porque justamente él mismo era el que habia andado en chancletas despues de media noche en el escritorio. Habia una escalera secreta, ignorada de todos, que iba desde su cuarto á dicho escritorio. En un nicho del despacho estaba una figura arrodillada, que representaba á santa Clara con las manos cruzadas sobre el pecho, y este nicho era la puerta secreta de la escalera. Pocas veces los ricos duermen á pierna suelta. Muchas noches cuando creia que todos estaban envueltos en el mas profundo sueño, solia bajar al despacho, abria los libros y contaba el dinero para ver si los dependientes cumplian con su obligacion ó eran infieles. Sin embargo, nada de esto contó á Ceferina, y en cuanto á la carcajada que se le escapó, para que no entrara en sospechas, dijo: que sin duda el viejo Tomás habia soñado en duendes; pero entretanto estaba bien lejos de imaginar que á la noche siguiente pensaria de distinta manera.

Cuatro semanas habian pasado ya desde que se hizo el convenio para emplear en su casa al jóven Confortini, y al observar el Sr. Meliton tanta dilacion, empezó á temer que le hubiese ocurrido algun accidente, por cuya razon aquella misma tarde escribió á su padre para hacerle sabedor de sus recelos. Por la noche no pudo dormir, y como tenia de costumbre, bajó al escritorio. Asi que empezó á revolver sus libros y papeles, oyó tres aldabazos tremendos en la puerta, que resonaron en todas las habitaciones. El viejo Tomás saltó al momento de la cama, vistióse corriendo, encendió una linterna, bajó las escaleras, abrió la puerta, y hubiera gritado altamente: ¿quién está ahí? á no ser por una figura pálida como la muerte, envuelta en un manto verde, que le clavó de tal modo los ojos, que Tomás, lleno de horror, creyó ver un cadáver que se movia.

El Manto Verde, sin articular una sola palabra, entró en la casa, y prosiguiendo como una persona que conocia todos los pasadizos, hasta la puerta del escritorio, y dió otros tres golpes en ella. El Sr. Meliton temblaba como un azorado: la primera llamada á la puerta de la calle á una hora tan intempestiva ya le habia alarmado, y habia subido á toda priesa á

su cuarto en busca de la llave del escritorio para abrir la puerta, y ver quién era el que pedía la entrada de un modo tan ruidoso. En el mismo instante en que estaba dando vuelta á la llave, resonaron los tres golpes en la puerta forrada de hierro; cayósele el alma á los pies, y entonces se acordó de lo que Cefirina le habia dicho por la mañana, acerca del huésped nocturno. Luego que el Manto Verde percibió que la puerta no estaba sujeta con llave, la abrió, entró con pasos graves en el escritorio, y sin decir una palabra, alargó una carta al Sr. Meliton, quien á la primera mirada de aquel rostro cadavérico, quedó sobrecogido de una especie de desmayo. Despues de una ligera pausa, que espresaba el terror de su alma, tomó con mano trémula la carta, y vió que era del viejo Comfortini, para que se presentase con ella su hijo. Mientras la estaba leyendo, el Sr. Meliton se recobró algun tanto del susto; rióse interiormente de sus temores, y recibió al hijo de su antiguo amigo con aquella urbanidad acostumbrada en casos semejantes. Dióle la bienvenida, y hubiera abrazado al que se figuraba habia de ser su yerno, á no retirarse el jóven dos pasos atrás, y decirle con ronca voz: "No me toques, estoy muerto, esta mañana he espirado: ahora debo volver al sitio de donde vengo."

A medida que el Manto Verde iba hablando con inmóviles y opacos ojos, la sangre del Sr. Meliton se helaba por momentos; mas cuando entré los pliegues de la túnica salió una mano fria, cadavérica, que tocó la suya al despedirse, no pudo dejar de dar un grito: herizarónsele los cabellos, tembláronle las rodillas, y cuasi perdió el aliento necesario para la respiracion. El Manto Verde estaba en pie como una estatua de mármol; todo espíritu vital se habia apagado en él, á escepcion del hablar y el poder estender su mano. Mañana, continuó él, me apareceré á mi padre en Venecia. Dame un recibo de la carta que te he traído para poder presentárselo. Procura se me entierre de un modo decente: si la Providencia me lo permite pronto te volveré á ver. *El Eterno, á quien la menor de tus acciones no se oculta, te juzgará segun ellas, pues que á todos nos juzga como nosotros juzgamos á nuestros prógimos: obra pues con rectitud. Adios. Deseo con ánsia mi sepulcro, pero antes venga el recibo.*

El Sr. Meliton escribió con mano trémula: el aparecido tomó el

papel y lo metió en la manga, y en seguida se dirigió á la puerta seguido del negociante. Tomás estaba esperando allí con una luz, pero al ver como temblaba su amo, apenas tenía fuerzas para sostenerla. El cadavérico espectro, con ojos espantosos, le miró cara á cara y sin proferir una palabra, pasó por su lado gravemente, y dejó la casa.

Sigue al extranjero, dijo el Sr. Meliton al oído al medio muerto Tomás, y observa adonde vá.

¡Ah Sr! contestó, sacudiendo la cabeza, este no es extranjero; es un cadáver, un espíritu, un alma en pena, ó tal vez el diablo mismo.

Querido Tomás, replicó el amo con un tono de bondad no acostumbrado, dos duros te daré con tal que le sigas; mira donde se para: créeme, ese extranjero es el jóven Confortini de Venecia; se me ha olvidado preguntarle en qué posada vive.

Jamás habia llamado el Sr. Meliton á su fiel criado *querido Tomás*, ni tampoco le habia ofrecido dos cuartos por un solo recado.

Tomás hizo de tripas corazon, se santiguó, y empezó á seguir á cierta distancia á la figura misteriosa en medio del silencio y oscuridad de la noche. Las doce estaban dando en la iglesia cercana, cuando la figura llegó al cementerio, llamó tres veces á la puerta, abriéronse, el Manto Verde entró, y volvióse á cerrar; el viejo Tomás, penetrado de horror, echó á correr á todo escape á su casa, para contar á su atónito amo cuanto acababa de ver y oír.

No digas nada de lo que ha sucedido, Tomás, repuso el Sr. Meliton, dando al pobre viejo los dos duros que le habia prometido: mañana trataré de saber donde estaba alojado el Sr. Confortini. Ahora vete tranquilamente á la cama, y ten todo esto en el mas profundo secreto.

Ni el Sr. Meliton, ni su criado pudieron conciliar el sueño en lo que restaba de la noche. Aquel leyó y volvió á leer mil veces la carta que le dió el pálido mensajero, escrita de puño del mismo Confortini el padre, que con cariño paternal le recomendaba á su hijo Anselmo. Por la fecha de la carta se venia en conocimiento que habia sido escrita hacia cinco semanas; en el viaje no pudo haber tardado arriba de una, luego por algún

motivo ú otro resultaba una tardanza de cuatro semanas en la entrega. Conforme á su propia declaracion debió haber muerto recientemente supuesto que aun no lo habian enterrado. En medio de estas dudas, las palabras del aparecido estaban en el pecho del Sr. Meliton como una masa de hierro candente. ¿Qué habrá querido decir el pálido habitante del otro mundo? Parecióle que esto era un aviso de que pronto tenia que presentarse ante el tribunal de Dios, y lleno de esta idea examinó toda su vida pasada. Estaba viendo al pobre á quien con palabras duras habia arrojado de su presencia, presentándose como testigo contra él; oia las quejas de aquellos á quienes habia engañado en asuntos de comercio; esforzabase en callar el grito de la conciencia, escusándose, como lo hacen muchos equivocadamente, paliando su avaricia con el frívolo pretesto de que las limosnas fomentan la ociosidad; pero todavia su conciencia le acusaba de no haber adquirido justamente considerable parte de sus dos millones. Nunca examinó su interior tan profundamente, ni nadie penetró tan adentro su alma como el visitador incomprensible.

Por la mañana, despues de haberse desayunado, marchó corriendo al despacho de la policia con ánimo de saber la residencia de Anselmo Confortini de Venecia; el encargado de este ramo abrió el libro y dijo: "Vivia en la posada del Sol, número 14, y murió ayer por la mañana á la edad de veinticinco años." En seguida dió todas las señas de su persona. Todo cuadra exactamente, replico el Sr. Meliton lleno de admiracion, y llevando la mano á la frente, se salió de la oficina con paso poco firme. Inmediatamente se dirigió á la posada del Sol, y preguntando por el jóven Confortini, le llevaron al número 14, donde vió al terrible visitador de la noche precedente estendido en un ataúd, cubierto lijeramente con el Manto Verde, y un papel blanco en la manga. Aquí es donde el viejo acabó de perder el poco valor que le quedaba; lloró, quizá por la primera vez en cincuenta años, esto es, en toda su vida. ¿Qué papel es aquel que tiene en la manga? dijo al criado que le acompañó al cuarto. El criado lo cogió, lo abrió y se lo mostró al Sr. Meliton, que temblaba violentamente al ver que era el recibo escrito de su propio puño la noche anterior. ¡Vuélvelo á poner allí! ¡Vuélvelo á poner! dijo horrorizado, apartando la cara

á otro lado, y acordándose que Anselmo le habia dicho que pensaba dar el recibo á su padre en prueba de haber entregado la carta. Volvió presuroso y muy turbado á su casa, donde fué recibido por Ceferina con un semblante que demostraba estar enterada de cuanto habia pasado. Era el caso que Tomás lo habia contado todo á Narcisa, y esta no tardó en contárselo á Ceferina.

El domingo que viene, hija mia, iremos á comulgar, dijo él, y todos los sábados darás diez duros de limosna á los pobres; y si sabes de alguno que se halle en mucha necesidad, dímelo para socorrerle. Tambien de aquí en adelante darás á los criados pan y manteca para cenar, vino dos veces á la semana, carne á la hora de comer, si te parece bien: las gentes han dado en decir que soy miserable; pero bien notorio es que es falso.

Ceferina estaba muy triste, pero al mismo tiempo se alegraba de la mudanza de su padre, porque entró á reflexionar que nunca se habia mostrado tan bueno como en este momento. En seguida el Sr. Meliton mandó llamar al dependiente principal y le contó en breves palabras, que el Sr. Confortini, á quien, como sabia él, le esperaban de Venecia, habia llegado á la ciudad y acababa de morir casi inmediatamente. Dióle luego la órden para disponer un entierro muy suntuoso, cargándose en cuenta al padre del difunto. Mi querido amigo, continuó el Sr. Meliton, convidad á todas las casas principales de la ciudad; y os ruego que acompañeis al cadáver hasta la sepultura, porque la muerte de este jóven me ha trastornado tanto, que me siento enfermo, y por consiguiente no me será posible asistir al entierro. Dió asimismo órden para que se insertase un aviso en los periódicos, reducido á hacer saber que tenia necesidad de un dependiente que pudiese seguir la correspondencia inglesa é italiana, que debia haber estado á cargo del jóven Confortini.

El jóven, con arreglo á las órdenes dadas, fué enterrado con la mayor magnificencia, y despues de concluido el funeral, el encargado se presentó á dar cuenta de todo. Ceferina, que le estuvo escuchando con la mayor atencion, le preguntó así que acabó su relacion: ¿Cómo dispuso Vd. que se le vistiera? De negro, ¿es verdad? Esa era nuestra intencion, contestó el de-

pendiente, pero habiendo encontrado un papel que espresaba su deseo de ser enterrado con el Manto Verde que siempre habia llevado, cumplimos su voluntad.

¿Era bien parecido el jóven? preguntó Ceferina.

Ciertamente debió serlo cuando vivia, contestó el dependiente, pero cuando una persona está muerta..... cuando se han undido los ojos..... cuando las mejillas están pálidas y descarnadas..... la faz lívida, fria y tiesa..... regularmente nadie suele parecer bien. Pero hay cosas tan extraordinarias en lo que pertenece al jóven Confortini, que las gentes no saben lo que pensar acerca de él.

¿Pues qué hay? preguntaron á un mismo tiempo padre é hija. Perdone Vd., Sr.; no quiero decir que yo piense nada malo, sino que no sé lo que las gentes pueden pensar. Este caballero, hijo de su amigo de Vd., murió por la mañana; púsosele fuera de la cama con el Manto Verde sobre él, y una sábana encima, y despues se cerró el cuarto. A las once en punto de la noche, la cerradura de la puerta empezó á sentirse; se despertó el mozo de la cuadra, y creyendo que alguno andaba á la puerta de la calle, se levantó. En aquel momento el Manto Verde pasó á oscuras por su lado, y con voz ronca y sepulcral le dijo: *¡Abre la puerta!* El mozo, medio dormido y lleno de miedo, obedeció, y el Manto Verde salió con paso mesurado á la calle. ¿Qué dicen ustedes á esto?

¿Dios tenga misericordia de su alma! prorrumpió el Sr. Meliton. Está bien, y á la mañana siguiente ¿qué es lo que sucedió? preguntó asombrada Ceferina.

Por la mañana el cadáver estaba en el atahud como antes, cubierto con el Manto Verde y en la manga el papel, que segun las órdenes de Vd., Sr., debia enterrarse con él. No hay alma viviente que le haya visto volver á la posada, ni oido abrir la puerta; la cerradura estaba intacta, y el criado está pronto á jurar que el papel no estaba antes en la manga; él lo cogió, lo abrió y vió la firma de Vd., pero no pudo leer lo demas por estar mal escrito.

Porque, segun creo, temblaba algun tanto cuando lo escribí; respondió el Sr. Meliton en voz baja.

¿Por el amor de Dios! exclamó el mancebo interrumpiéndole, ¿era realmente letra de Vd.? ¿dónde encontró Vd. á este ter-

rible Manto Verde? No se enfade Vd., Sr., pues ciertamente hay algunas misteriosas circunstancias ligadas con este Sr. Confortini.

No me pregunte Vd. nada, contestó el Sr. Meliton con una voz trémula que descubria su agitacion; no puedo ni me atrevo á responderle, amigo mio; roguemos á Dios, pues todos somos miserables pecadores, para que nos tenga en su santa gracia, y para que nunca, nunca jamás volvamos á oir nada de este tremendo Manto Verde.

No tenga Vd. miedo de eso, Sr.; la bóveda donde ha sido puesto el ataud se ha cerrado muy bien, es imposible que humana criatura pueda salir de allí, mucho menos un muerto.

Entre las diferentes personas que se presentaron de resultas del aviso puesto en los papeles públicos, hubo un jóven llamado Jalons, recomendado poderosamente por una de las primeras casas de comercio de Basilea, donde habia estado empleado. Dijo que le ofrecian acomodarle bien en Nápoles: pero con tal que pudiese entrar en casa del Sr. Meliton, preferiria esto porque su casa pasaba en todas partes por la mas eminente, y esperaba ademas tener mil ocasiones de adquirir conocimientos mas estensos en negocios mercantiles. No sé yó, contestó el jóven Jalons, que era de hermosa figura, qué ramo de comercio se confiará á la persona que Vd. necesita, pero en la casa que acabo de dejar, yo dirigia la correspondencia en aleman, ingles, frances é italiano, y puedo decir que hablo todas estas lenguas con bastante soltura: en caso de necesidad tambien puedo esplicarme algun tanto en ruso: por lo que hace á mi letra he aqui la muestra. No pido salario alguno, añadió él, porque los conocimientos que adquiriré en casa de Vd. me recompensarán bastante; ademas de que en los escritorios donde he trabajado he podido ahorrar lo bastante para pasarlo tal cual algunos años. Solamente deseo una cosa, y es que tenga Vd. la bondad de admitirme á su mesa y darme un cuarto en su casa; los dependientes de V., segun me han dicho, comen y duermen en otra parte; en todas me han concedido este privilegio y me han tratado perfectamente; estoy seguro que en Nápoles conseguiria esto y mucho mas, pero yo preferiria acomodarme aqui.

No agradó mucho la condicion al Sr. Meliton, porque desde el establecimiento de su casa ninguno de sus dependientes habia

comido en su mesa, excepto el día de Navidad, en que tenía costumbre de convidar á todos sus empleados; pero al instruido extranjero, cuyos servicios le salían tan baratos, era demasiado apreciable para dejarlo ir por la sola condición que exigía. Como quiera que sea, respondió, que consultaría con su hija, á quien había dejado el gobierno de la casa, y que le haría saber su determinación. A la hora de comer contó á Ceferina el caso. Veámosle primero, dijo la hija, con cierta especie de vanidad mercantil.

¡Oh! te gustará, no lo dudes: tiene todo el aire de un caballero, añadió luego; no se parece á la generalidad de nuestros jóvenes; su modestia es tan grande como su mérito personal: habla bien, y servirá para formar un alegre trinca en nuestra mesa.

Como V. quiera, padre, dijo Ceferina, pronto podremos arreglarlo todo: le daremos el cuarto verde (que en algún tiempo fué de los mejores de la casa) á mi me parece que será bastante bueno. ¿Piensa Vd. así?

Muy bien, hija mía: su manutención no podrá costar mucho; le darás siempre un vasito de vino después de comer: no mas, porque le enardecerá la sangre. De este modo, continuó el viejo, arreglando lo demás de la comida con aquella frugalidad, ó mas propiamente hablando, parsimonia con que se había distinguido toda su vida.

El joven Jalons volvió al día siguiente, supo con bastante alegría que sus condiciones habían sido admitidas, tomó posesión de su empleo y ocupó el sitio que le correspondía en el escritorio. Lo primero que tuvo que hacer fué escribir al viejo Confortini anunciándole la muerte de su hijo, á quien encontró sin aliento vital: y todos los remedios humanos no pudieron volverle á la vida, y que dispuso fuese enterrado al tercer día con ostentación, cuyos gastos no se olvidó cargárselos en cuenta. El Sr. Meliton quedó muy complacido del estilo y forma del Sr. Jalons. Cuando llegó la hora de comer, el Sr. Meliton se llevó á Jalons consigo y lo presentó á su hija; el rostro de esta se puso como un carmin así que él la saludó, porque hacía memoria de haberle visto en la catedral, donde se había arrodillado y rezado al lado de ella en el altar mayor. Tenía muy presente la imagen del hermoso joven, sin saber cuán hondamente impresa estaba

en su tierno corazón, siendo esta la causa porque ahora quedó sorprendida á la vista del original. Jalons se sentó enfrente de ella, y no perdía ocasion de contemplar su amable semblante; mas siempre que ella le miraba, él solia bajar la vista al plato, y parecia absorto en mil pensamientos.

Algo tosco me parece el jóven, fué lo que dijo el viejo á la hija despues de comer; dos veces dejó caer el tenedor, y la mancha de vino tinto que echó en el mantel cuando le alargastes el pastelillo no saldrá en la colada.

Falta de educacion, padre, repuso Ceferina, queriendo escusarle. Y ¿cómo conciliar eso, replicó el padre, con tantos y tan estensos conocimientos como tiene? Escribe muy bien, y en materias de comercio puede apostárselas á cualquiera. Estoy muy contento con él, aunque á decir la verdad las manchas de vino me incomodan mucho. Creo que seria mejor pagarle su manutencion; por otra parte su conversacion no es de las mas interesantes; y me acuerdo que he tenido que preguntarle dos veces antes de responder á la pregunta que le hice acerca del cambio corriente en Basilea, tanto es lo que escasea sus palabras.

El se corregirá con el tiempo, padre, contestó Ceferina, que no podia adivinar la causa del embarazo de Jalons cuando dejó caer el tenedor y manchó el mantel. El con su distraccion pagaba el mas tierno homenaje á Ceferina, que estaba mirándole con la mayor atencion cuando su padre principió á hablar de Basilea y del cambio corriente. Un sentimiento que jamas habia experimentado ella hasta entonces, se apoderó de su inocente corazón; queria reirse y llorar á un mismo tiempo. Habló á su padre en términos favorables, y tuvo la satisfaccion de gozar de su primer triunfo sobre él. El bello jóven dependiente habia estado mas atento á ella que á su padre, y esto no dejó de lisonjear su vanidad, y producir una tierna aficion á favor del extranjero, todo demostraba que no le era indiferente.

Por la noche Jalons rehusó cortesmente la parca cena que el Sr. Meliton dispuso se le sirviese, por quanto habia convidado á cenar en la fonda principal de la ciudad á todos los dependientes de la casa. Al día siguiente, Esteban, el mancebo mayor, contó á su amo todas las menudencias del convite, en el cual se sirvieron los manjares mas delicados. A los postres propuso

Jalons tres brándis: el primero, á la salud del Sr. Meliton: el segundo, á la de la señorita Ceferina: y el tercero, á la prosperidad del comercio: los cuales se bebieron al ruido de trompetas y tambores. Los vinos mas costosos, particularmente el champagne, rodaron en abundancia por la mesa; pero asi que dieron las diez, Jalons se levantó, disculpándose con que tenia que retirarse por no causar ninguna incomodidad á la familia de su amo. Los demas permanecieron bebiendo hasta muy tarde, pues el fondista tenia órden de suministrarles todo cuanto desearan, con lo cual el buen viejo Tomás sacó la tripa de mal año.

Con mucho gusto oyó la relacion el Sr. Meliton: jamas habia tenido un dependiente igual en su escritorio, jamas se echó un brándis á la salud suya y de su hija al ruido de trompetas y tambores. Hoy le darás dos vasos de vino, dijo á Ceferina, cuando se retiró Esteban, pues ciertamente algo le habrá costado el hacernos tal honor, y toda la vecindad estará aturdida al saber que eran los dependientes de mi casa los que estaban tratándose como príncipes. A la hora de comer Jalons estuvo este dia menos distraido, pero con todo no respondió siempre á las preguntas del viejo, en tanto que Ceferina no abrió siquiera una vez sus lábios; mas sin poderlo remediar sus ojos se encontraban á menudo con los del jóven extranjero. El Sr. Meliton le dió las gracias por los brándis de la noche anterior, y Jalons trató de disculparse por haberse tomado la libertad de proponerlos. Satisfecho en extremo se mostraba el Sr. Meliton al verse tan alabado, y no pudo contenerse hasta llenar con su propia mano por tercera vez el vaso del jóven orador. Tambien deseó Ceferina mostrarse agradecida por haberse acordado de ella en el convite, pero la faltó la fuerza para abrir sus hermosos lábios; estaba tan aturdida que se figuraba hacia un papel ridículo, y mientras batallaba consigo misma se pasó el momento de decir alguna cosa lisongera al jóven extranjero. ¿Qué pensaria Jalons? Si es que ella no se equivocaba, él la habia dirigido una mirada como esperando alguna cosa de su parte; y no obstante se mantuvo silenciosa: lo cierto es que todo el dia se lo echó en cara á sí misma. Por la noche la misma cena frugal de pan y manteca, servida por la atenta Narcisa, permaneció intacta, porque Jalons cenó afuera; y asi continuó muchas noches.

Una tarde presentóse á la puerta de la casa un correo extraordinario de Venecia con la siguiente carta del viejo Confortini que decia:

«Estoy muy inquieto: ayer recibí su carta de Vd. por lo cual vengo en conocimiento de que aun no ha llegado mi hijo. Anoche soñé que mi Anselmo, embozado en su capa verde, que solia llevar aquí, se me presentaba como si fuera un aparecido y me decia al oido:—«Padre, estoy muerto; pero he entregado la carta de Vd. al Sr. Meliton, y ahí pongo el recibo encima de la mesa. Me ha enterrado decentemente, y déle Vd. las gracias por los últimos honores hechos á mis despojos mortales. Adios, es mas de media noche y debo volver á mi tenebroso y frio sepulcro. Presto oirá Vd. mas de mí» Despertéme, la figura de mi hijo ya se habia ido. Esforzábame por acallar mis temores, pero sus palabras concernientes al recibo de Vd. se presentaron claramente á mi memoria; vuelvo los ojos hácia la mesa que está cerca de mi cama, y veo allí sin duda alguna, un pedazo de papel; apenas podia respirar; toqué la campanilla como si la casa estuviera abrasándose; un sudor frio cubria todo mi cuerpo. ¡Luces! ¡luces cuanto antes! dije á mis criados con una agonía de terror. Los criados las trajeron al momento; cojí el papel de encima de la mesa; era un recibo escrito por Vd., aunque al parecer con el pulso trémulo; mis sentidos me abandonaron. No puedo decir á Vd. mas; pero le ruego, amigo mio, que me explique este terrible misterio. Yo mismo iría á saberlo, mas guardo cama de resultas del trastorno que acaba de experimentar mi naturaleza. No comunique Vd. á nadie esta carta. Respóndame Vd. inmediatamente por extraordinario y sin reserva, pues estoy preparado para lo peor. Adios.»

Esta carta llenó de asombro al viejo Meliton: segun su fecha, Anselmo debió haber entregado el recibo la noche primera despues de su entierro. Por ningun medio humano, ni aun con el vuelo de un pájaro, se pudo haber atravesado semejante distancia en aquel tiempo. «El Eterno, á quien la menor de tus acciones no se oculta, te juzgará segun ellas.» fueron las palabras del misterioso Manto Verde; y que tenia un poder mas que ordinario, en concepto de Meliton, quedó demostrado claramente con esta carta. Sentóse en seguida para escribir al desconsolado

padre, y darle cuenta exacta de todos los pormenores ligados con la horrible aparicion. Desde este dia empezó á ser mas escrupuloso en sus tratos y negocios; y con no poca sorpresa de cuantos le conocian en la Ciudad, se mostró tan afable, tan humano y generoso, que muchas personas bien enteradas de su antigua tacañería, estuvieron tentadas de creer que su cabeza estaba trastornada. Ya no miraba mal á los pobres, ni cuando un labrador le queria vender el trigo lo despreciaba como tenia de costumbre, al contrario, si algunos honrados labradores se hallaban en apuros pecuniarios y se lo pedian, solia decirles: guardad el trigo, yo os adelantaré el dinero que os haga falta: puede ser que pasando algunos dias mejore el precio, y en tal caso me pagareis. Pagaba á los pobres artesanos sus salarios sin descuentos: fundó una escuela para los hijos de los pobres, y señaló pensiones á las viudas de los que habian estado empleados en su casa. Ayudaba con su crédito á los jóvenes comerciantes, y se regocijaba de corazon cuando oia decir que recogian el premio debido á su industria. De aqui resultó que tanto como habia sido antes aborrecido ahora era amado y respetado.

Poco tiempo despues de la catástrofe mencionada, sufrió pérdidas de bastante consideracion. En una Ciudad fueron consumidos por el fuego géneros pertenecientes á él hasta el valor de cincuenta mil duros. Un cargamento de trigo juntamente con el barco, cayó en manos de piratas. Y por último, de resultas de haber quebrado dos casas de Hamburgo y Amsterdam perdió sumas considerables. No pudo menos de manifestar su sentimiento por estas pérdidas á sus empleados, bien que como prudente negociante, nada dijo acerca de ellas á los demas. En semejantes ocasiones Esteban solia encogerse de hombros, y consolarle diciéndole: tras de un tiempo malo vendrá otro mejor; en los mayores apuros Dios no olvida á los suyos: y asi por este estilo cristiano, Jalons tambien se encogia de hombros. Las buenas obras de Vd. diarias, decia él, le dan una justa esperanza á las bendiciones del cielo, y mas de una vez he estado por creer que estas desgracias son otros tantos beneficios y visitas del Señor, que algun dia, mediando su gracia, se transfundirán en una felicidad mas estable.

Por este tiempo, cuando la Alemania estaba reducida al mas

deplorable estado, un gran cuerpo de tropas vino á acuartelarse en las cercanías de la ciudad donde residia el Sr. Meliton. Un correo, que se esperaba hacia algun tiempo, se habia echado de menos despues de dejar la parada mas próxima sin poder averiguarse nada de su paradero. Tampoco se oyó hablar nada del postillon que condujo el correo hasta la última parada. Los gendarmes andaban mas listos que nunca en oler algo que pudiese conducir á la averiguacion del caso; y en menos de una semana, con la mayor consternacion de toda la Ciudad, el Sr. Meliton fué cogido por ellos á medio dia en su propia casa, asegurado con esposas, y llevado á la cárcel como el asesino del correo que faltaba.

Era bien sabido que este viejo caballero aborrecia de muerte al enemigo que habia cortado las alas de su comercio, y esparcido la mayor miseria por todo el pais; pero que su rencor fuera hasta el extremo de matar al correo en un camino real, nadie lo creia. Tenia muchos enemigos en la plaza; mas ninguno suponía que su animosidad contra él los obligára á ser autores de esta falsa acusacion. El mismo acusado, cuando fué puesto en la cárcel, perdió toda su presencia de espíritu, de modo que por su conducta en estas apuradas circunstancias no se podia formar idea exacta de su culpa ó inocencia. En que términos se espresó despues, no pudo saberse, por quanto le pusieron sin comunicacion en un calabozo.

En estos momentos de general consternacion, el jóven Jalons se condujo con tal criterio, y tomó un interés tan vivo en el negocio, que Ceferina no pudo reprimir la pasion que hacia mucho tiempo alimentaba en su pecho á favor del jóven. Ella ignoraba la verdadera causa que produjo la total revolucion que habia visto en su padre, pero se persuadia que esto era debido á la influencia que Jalons habia adquirido sobre él; pues siempre que el viejo manifestaba la menor intencion de hacer alguna obra buena, Jalons lleno de alegre celo se apresuraba á ponerla en ejecucion; y así con su talento y escelentes consejos, logró tal ascendiente sobre su amo, que este insensiblemente hacia todo lo que queria el otro. Mil veces le colmó de bendiciones la hermosa Ceferina. Sabia, apesar de su modestia, que ninguna la igualaba en hermosura en toda la Ciudad, y que

su educacion y demas prendas eran de un órden superior. Centenares se habian arrojado á sus pies; solamente este jóven permanecia á la misma respetuosa distancia á que se puso desde el primer dia; ni una sola palabra amistosa se escapó de sus lábios. La vanidad solia susurrar á su oido, para decirle que las miradas de él manifestaban frecuentemente algo mas que la atencion de la indiferencia; pero él no rompía su silencio. Las circunstancias cambiaron ya enteramente. Jalons estaba fuera de sí con la repentina prision del padre de ella; á quien creia inocente, y consideraba todo el asunto como una trama diabólica para acabar con sus bienes, que á pesar de las pérdidas recientes eran muy considerables. Asi que se serenó un poco, corrió á presentarse á Ceferina y á ofrecerle todos los consuelos que estaban en su poder. Empeñó su palabra que salvaría á su padre costase lo que costase; suplicándola al mismo tiempo que le dejase el manejo de los negocios. Confie V. en mí, dijo él con vehemencia, mi conducta será el mejor garante.

Si, Jalons, respondió llorando Ceferina, profundamente conmovida con los sucesos del dia, confio en V.; y sin pensarlo puso su mano sobre la de aquel jóven; él la llevó á sus lábios, y á no haber estado el corazon de ella oprimido de dolor, y sus ojos oscurecidos con lágrimas, hubiera percibido en sus miradas el estasis en que se veia engolfado, á pesar de la parte que tomaba en el dolor filial de Ceferina.

Estando en esto llegó Esteban con la noticia que el crimen del Sr. Meliton habia sido descubierto por una criatura. El buen Sr. tenia la costumbre de dar algunos paseos por las cercanías de la Ciudad, en un birlocho manejado por él y tirado por un caballo. Regularmente iba solo, pero en esta ocasion llevaba en su compañía una niña de seis años, hija de un dependiente suyo, en cuya charla hallaba mucho entretenimiento. Llamábase Carolina.

Carolina, asi que volvió aquella tarde á casa, contó á una amiga suya, que al pasar el Sr. Meliton por un bosquecito descubrió á cierta distancia un correo que venia, todo verde; el tal pasó tan velozmente que ella casi le habia perdido de vista; pero el Sr. Meliton saltó fuera del birlocho á tiempo de poder alcanzarle, y á fin de no hacerle sufrir demasiado, le atravesó

de parte á parte. Lo que oido por un gendarme que por casualidad estaba allí, fué á dar parte á sus gefes.

Ceferina al momento se dirigió á la casa de los padres de la criatura deseosa de examinarla; pero ya habia sido llevada por los gendarmes ante el comandante, y á nadie, ni á su misma madre se permitió que la acompañase.

Con esto volvió desconsolada y encontró á Jalons sumamente ocupado en arreglar los papeles de su padre, y remover todo el dinero y billetes de entidad á un sitio seguro. Luego corrió la horrible noticia de que su padre iba á ser juzgado militarmente al dia siguiente por la mañana; lo cual, en aquella época de trastornos, era cuasi igual á un decreto de muerte.

Asi que la criatura fué puesta en custodia, el bosque se registró por todas partes, y en efecto se encontró allí el cadáver del correo; no con el corazon atravesado, sino con muchas heridas mortales en la cabeza.

En vano la desgraciada Ceferina hizo mil tentativas para tener una entrevista con su padre; ni el dinero ni las súplicas pudieron corromper á sus guardas. El honrado Tomás, que solia muchas veces ir á la taberna con los soldados y el carcelero, hizo cuánto pudo para que le permitiesen hablar con su amo algunos minutos en presencia de ellos, pero todo fué en vano.

Ceferina volvió otra vez á casa, extraordinariamente abatida, Jalons, de quien esperaba algun alivio, estaba triste y evitaba su presencia y no sabia si echarse á los pies del mariscal aquella noche para pedir la vida de su padre.

Al fin llegó la terrible noche; nada se habia dispuesto aun para salvar al desgraciado, y, en la opinion general, inocente anciano, de la suerte que le amenazaba á la mañana siguiente. Ceferina mandó nuevamente un recado á los padres de Carolina, los cuales contestaron que la criatura estaba todavía en la casa del comandante, que la madre habia implorado de rodillas la volviesen á su hija, ó la concediesen permanecer con ella; pero que su peticion habia sido negada.

Inquieta, larga y desasosegada fué la noche para Ceferina; y no bien el invencible sueño habia cerrado sus cansados ojos, cuando mil horrorosas imágenes vinieron á despertarla.

En medio de su sobresalto vió entrar en su aposento á Nar-

cisa con semblante alegre, y faltándola tiempo para decir: «Mi amo está libre: se ha escapado»

No tardó un momento en vestirse Ceferina temblando de gozo: todos los de la casa se reunieron; tambien Jalons se despertó de un profundo sueño, y oyó toda la relacion como una fábula; pero María, hija del carcelero, fué la que comunicó desde la calle esta agradable noticia á Narcisa, que no pudiendo pegar los ojos se habia asomado á la ventana.

No pasó mucho tiempo sin verse rodeada la casa por un destacamento militar. Muchos oficiales, con el comandante á la cabeza de ellos, hicieron de arriba abajo la mas escrupulosa pesquisa, y aun cuando el Sr. Meliton no hubiera sido mayor que una mosca, habria caido en sus manos á estar escondido en ella.

Pregunto, pues, continuó el comandante con un tono firme de autoridad, insisto, pues, en que se me informe si alguno de ustedes conoce al Manto Verde de Venecia.

A una pregunta tan inesperada, Ceferina, Esteban y Narcisa perdieron el color tan visiblemente, que el comandante que espiaba con ojos de lince á cuantos se hallaban presentes, creyó lograr algunos informes de estas tres personas; por de contado mandó que se quedasen, haciendo salir á los demas del cuarto. Esteban y Narcisa, medio muertos de miedo, fueron puestos en dos gabinetes separados; despues suplicó á Ceferina que le contase con toda verdad lo que sabia acerca del Manto Verde. La trémula muchacha le preguntó ¿qué podia tener de comun esta aparicion, si asi era, ó la juzgaba verosímil, con la libertad de su padre? Sorprendido en extremo quedó el comandante al observar que una señorita que pasaba por la mejor educada de toda la Ciudad, hablase del Manto Verde como de una cosa no imposible, é incomodado repuso: que no á ella sino á él pertenecia hacer preguntas, y reiteró la suya á fin de que contase lo que supiese en un asunto, en el cual empezaba á sospechar habia algo de realidad. Sobrecogida de temor, refirió cuanto habia oido acerca de lo que se la preguntaba. El comandante sacudió la cabeza sin proferir una palabra; dirigió una mirada expresiva á sus oficiales, que igualmente estaban asombrados, y permitió retirarse á Ceferina, que llena de agitacion, apenas tenia fuerzas para dejar el cuarto.

Esteban fué llamado en seguida, y su relato convino enteramente con el que hizo Ceferina, lo cual sirvió para aumentar todavía mas la sorpresa del comandante, quien deseó ver las cartas que recibió el Sr. Meliton, en el tiempo de que se trataba, de la casa de Confortini de Venecia. Esteban, acompañado de un oficial, bajó al escritorio, y trajo el paquete marcado con letra C, que contenia la carta misteriosa, de cuyo contenido el lector ya está enterado. El comandante y los dos oficiales superiores leyeron la carta, y despues dijeron en voz baja: En este caso el carcelero y la guardia no son tan culpables. El diablo me lleve, añadió el comandante, si sé lo que hubiera hecho yo puesto en su lugar. Esteban tuvo que decir el paraje donde habia sido enterrado el jóven Confortini. ¿Conoceria Vd. el cuerpo? preguntó gravemente el comandante, que principiaba á tener algunos presentimientos acerca del asunto. Con tal que no se haya alterado mucho la cara, respondió Esteban, ciertamente le conoceré: y la idea sola de tener que volver á ver aquellas terribles facciones que tanto horror le habian inspirado tiempo atras, le coagulaba la sangre. Abrase el sepulcro: dijo el comandante á su ayudante, llévese Vd. consigo este Sr., señalando á Esteban, y tómeme Vd. una declaracion jurada para saber si es el cuerpo de la misma persona que fué enterrada con el nombre del jóven Confortini. En seguida mande Vd. llamar al carcelero y al sargento de la guardia, y ponga Vd. por escrito lo que digan despues que vean el cuerpo. Se me olvidaba prevenir á Vd. que el carcelero lleve el boton verde.

Presentóse luego Narcisa y contó lo que sabia; las tres declaraciones estaban conformes, pero solo Esteban habia visto al Manto Verde: citó á Tomás. Con este motivo se trató de llamarle, mas no parecia en ninguna parte, y los emisarios que se despacharon para traerle, volvieron sin poder dar con él. Ustedes me lo han de presentar, gritó el comandante, aunque les cueste todo lo que tienen. Como una prenda depositarán ustedes inmediatamente diez mil duros que se pagarán de multa de no presentarme vivo ó muerto á ese hombre dentro de cuatro semanas á lo sumo. Jalons, con una risa forzada, contestó que el viejo Tomás no servia para nada, y que si le tenian en la casa era por caridad; que por consiguiente nunca habia sido estimado

en tan alto precio. Por lo que hace á aprontar el dinero, el Sr. Meliton guardó siempre las llaves del arca de hierro, y así no estaba en su poder el pagar la suma pedida; ni podia decir si habia semejante cantidad en la casa.

¡Aquí están las llaves! gritó el comandante con cierto aire de triunfo, poniéndolas delante de los ojos de Jalons con no poco sentimiento suyo. Señor mio, cuando nos traen algun preso, solemos registrarle siempre y guardar lo que lleva encima. Vamos, ¿dónde está el arca? ¿Vd. creyó que el comandante era algun zopenco, eh? Luego pondré á todos ustedes mas blandos que una breva, y les enseñaré á ser sumisos á las autoridades. Cediendo á la necesidad, Jalons condujo al comandante y á algunos de los oficiales al escritorio, y con muy mal humor les enseñó el arcon de hierro. El comandante mismo lo abrió, levantó la pesada tapa, y al momento retrocedió tres pasos; pues lo primero que descubrieron sus ojos codiciosos fué..... un manto verde! Penetrado de horror exclamó: ¡seguramente aquí anda el demonio mismo! y preguntó á Jalons si habia visto alguna otra vez el manto en el arca. Nadie sino el Sr. Meliton guardaba las llaves de ella, contestó él, y los dependientes jamás nos hemos entrometido en escudriñar lo que nuestro amo tenia en ella.

Saque Vd. afuera ese maldito manto, gritó el comandante, como no atreviéndose á tocar la vestidura del espectro. Jalons obedeció. ¿Qué es esto? preguntó el comandante, tocando con su baston un papel que cayó del manto. Jalons lo recogió y estaba á punto de leerlo, cuando el comandante arrebatándoselo de la mano, le dijo: esto no está escrito para Vd.; y empezó á mirarlo con la mayor atencion.

Era un fragmento de papel escrito. Sacó otro papel de su cartera, y despues de cotejarlos declaró, echando un juramento, que entrambos estaban escritos por la misma mano; unió los dos pedazos y vió que se correspondian perfectamente; de modo que no habia duda haber sido en un principio una misma pieza: pero faltaba todavia un tercer pedazo para completar el todo del papel.

El asombro del comandante iba á cada instante creciendo mas y mas. Parece que está escrito en italiano, dijo él: ¿hay aquí alguno que entienda el italiano? Jalons se ofreció á traducirlo,

pero un oficial que estaba allí respondió que entendía algo aquella lengua; en virtud de lo cual el comandante le alargó los dos pedazos y el oficial leyó lo que sigue:

«*Conciencia. Dios.
alcancen... un terrible fin,
juicio final. Tiembla
noche eterna de la muerte.*»

¡Va! ¡va! dijo el comandante con afectada indiferencia; sin embargo, en aquel momento su mandíbula inferior temblaba de manera que no podía articular una palabra.

Algo mas hay, observó el otro oficial, señalando el dorso del papel. Su compañero volvió los dos pedazos: el dorso de uno de ellos estaba en blanco, pero el de aquel que habia caído del Manto Verde, contenia estas palabras:

«*Polosky y Vilmar.*»

¡Alto ahí! gritó el comandante al oficial al oír estos dos nombres; eso léamelo Vd. á mi solamente. El oficial se acercó á él, y leyó en voz baja como sigue:

«*Polosky y Vilmar están inocentes. ¡El omnipotente Dios en sus juicios perseguirá al que les dañe en un pelo de sus cabezas!*»

Venga Vd. acá amigo mio, y tradúzcamelo, dijo el comandante cuasi sin saber lo que le pasaba, alargando el papel á Jalons. Este lo tradujo y dijo las mismas palabras que el oficial.

Coteje Vd. el escrito, Jalons lo comparó con lo que estaba escrito por el otro lado, y halló que todo era de la misma mano. Habiendo aproximado algo mas á su cara los dos pedazos de papel, volvió la cabeza á un lado con muestras de descontento. Preguntó la razon el comandante, y le contestó diciendo con un gesto que espresaba horror y disgusto: tiene cierto olor cadavérico como si acabasen de sacarlos de algun sepulcro. El comandante dió tres ó cuatro pasos hácia atrás, y percibiendo tambien el olor sepulcral, empezó á manifestarse tan blando y humano, como bravo y orgulloso habia estado poco antes.

Uno de los oficiales le trajo á la memoria el objeto de su visita, y los diez mil duros que debian depositarle hasta la presentacion del viejo Tomás. El comandante dijo: no tocaré ni un

maravé de lo que hay en el arca; rebajaré la mitad de la suma pedida, y esta la he de recibir positivamente. Jalons registró el arca, y viendo que no llegaba lo que había á cuatro mil duros, ofreció la mitad como en depósito, con tal que el comandante le diese su palabra de honor de devolvérsela asi que fuese presentado Tomás vivo, ó se probase indudablemente que había muerto. El comandante dió su palabra de honor, y los oficiales se hicieron cargo de los dos mil duros. Entre tanto Esteban volvió del cementerio con el ayudante, el carcelero y el sargento de la guardia. El ayudante presentó las declaraciones, por las cuales aparecia que Esteban había reconocido el cadáver desenterrado ser el mismo jóven Confortini de Venecia; Poloski el carcelero, y el sargento Vilmar declararon igualmente que era la misma persona, aparecida la noche anterior, que puso en libertad al Sr. Meliton. Parece estar Vd. sorprendido, dijo el comandante al jóven Jalons, que al oír esta declaracion apenas podia dar crédito á sus oídos, ahora podrá Vd. observar los motivos de mi sorpresa al hallar aqui en el arca este manto infernal. Santiguáronse al oír esto todos los que se hallaban presentes; y los dos oficiales que estaban enterados de los acontecimientos de la noche anterior, no las tenian todas consigo.

He despojado al cadáver, continuó el ayudante, del manto verde. A estas palabras, no sin horror de todos los circunstantes, un soldado presentó la vestidura medio destruida. El boton del manto, prosiguió el ayudante, que el aparecido perdió anoche, falta justamente en este otro sacado del sepulcro, y es enteramente igual á los que se hallan con él. Estremecióse el comandante: al cotejar los dos mantos se vió que eran de un mismo paño; que ambos tenian igual clase de botones, y en ambos había un boton de menos.

No oiga yo mas hablar de esta historia infernal, exclamó el comandante: cuanto mas se examina tanto mas impenetrable se hace el misterio.

Permítame Vd. Sr., dijo el ayudante para concluir su relacion, que le presente este pedacito de papel. En el atabud había un recibo que servia para hacer ver la entrega de una carta. Esteban declaró que el recibo estaba escrito del Sr. Meliton: el otro papel estaba en un bolsillo del manto. Desdoblóse el

papel; ¡pero quién será capaz de pintar el asombro de todos los circunstantes al ver que se unia perfectamente con los otros dos pedazos, uno de los cuales cayó al sacar el manto del arca, y el otro se encontró en el suelo donde sucedió la aparición la noche antecedente! Apenas se podian leer las palabras; pero no habia duda en que la letra de los tres pedazos era la misma. Uno de los oficiales y Jalons trataron de descifrar el contenido, y despues de emplear algun tiempo, se vió que decia como sigue:

«¡Oh infeliz! despierta tu dormida conciencia. Dios te alcanzará en la senda del crimen; te pronostico un temible fin. Los lamentos de tus víctimas se presentarán á acusarte en el juicio final. ¡Tiembla, azote del género humano! La noche eterna de la muerte no es sino el dia primero de los tormentos del infierno.»

«¿Quién dice eso? gritó el comandante con un rechinamiento de dientes. El sepulcro: respondió enfáticamente Jalons. Siguióse á esto una larga pausa, y en seguida dijo el comandante: cuidado con que todo lo que ha ocurrido aqui quede sepultado en el mas profundo olvido. Puede ser que llegue un tiempo en que se descubra lo que nuestros limitados entendimientos no pueden penetrar. Diciendo esto se retiró seguido de los demas, habiendo entregado primeramente las llaves del arcon de hierro á Esteban, y mandado á un soldado que llevase á su casa los dos mantos.

Así que el honrado Esteban se vió solo con Jalons, no pudo contener sus lágrimas. ¡Oh amigo mio! exclamó él; ¿que dia este! Estoy agoviado por la afliccion y el horror. ¿Dónde está nuestro buen amo? ¿Pero quién ha podido salvarle? En este momento Ceferina entró en el cuarto seguida de María Poloski, hija del carcelero, la que contó como Tomás habia dado mucho licor á los soldados, ofreciéndoles que cuando se libertase su señor, beberian mucho mas; que los soldados se reian y preferian lo positivo; y despues que marchó Tomás, se subió con su padre, que estaba con el sargento, y no se atrevió á ir á la cama por mas que se lo dijo, pues á cada instante se figuraba iban á fusilar al Sr. Meliton, y se quedó recostada aquella noche en un banco é hizo que se dormia: que despues el sargento bajó á ver los soldados y vió estaban todos dormidos. Cuando subió acercó

el oído á la puerta del calabozo donde estaba el Sr. Meliton, y dió tres golpecitos. El buen Sr. debe tener muy tranquila su conciencia, dijo él, porque está bien dormido.

No bien habia acabado de decir esto, continuó María, cuando el reloj de la cárcel dió las doce; y cuando acabó de dar la última campanada, una figura pálida y espantosa, embozada en un manto verde, se presentó fuera de la puerta del calabozo, seguida del Sr. Meliton. Fué tal el sobresalto y terror que nos causó á nosotros tres, que ni siquiera pudimos dar un grito. El espectro nos dirigió sus ojos mas negros que el carbon, y con una voz horrorosa dijo: «Yo soy el Manto Verde de Venecia; mi morada es el sepulcro. Este hombre está libre; cualquiera que le toque morirá.» En seguida pasaron por nuestro pequeño cuarto, y atravesando el cuerpo de guardia, donde todos estaban dormidos, desaparecieron.

¡Padre! ¿qué ha sido esto? grité yo llena de horror, miedo y alegría. ¿Ha visto Vd. su cara? No habia la menor señal de vida en ella. Era la misma muerte, ó alguna horrible aparicion.

Mi padre temblaba de arriba abajo. Esto es algun sueño, hija mia, algun espantoso sueño. No puede ser otra cosa porque el caballero preso está aun con sus cadenas y grillos.

Con mano trémula cogió una boz y fué al calabozo. ¡Los grillos estaban en tierra y el calabozo vacío! ¡Estamos perdidos! exclamó el sargento, es imposible que no ande aqui el demonio. Esto es alguna treta del infierno. ¡Hola, guardias, á las armas!

Los soldados no oían ni una palabra de lo que él decia; y lo que menos pasó un cuarto de hora antes que pudiese ponerlos en pie á fuerza de porrazos y empujones. Registróse inmediatamente la casa desde las guardillas hasta la bodega; pero no se pudo hallar el menor vestigio del duende, ni de su compañero.

Al fin el sargento se vió en el caso de tener que dar parte al comandante. Si el comandante llega á saber, dijo el sargento á los soldados, que ustedes estaban borrachos, todos serán fusilados. No puedo menos de creer que el profundo sueño en que ustedes yacian, ha sido alguna pasada que les ha jugado el maldito Manto Verde de Venecia; porque antes de ahora,

amigos míos, siempre han hecho ustedes el servicio con toda puntualidad en la paz y en la guerra. Yo creo que aquí andan duendes.

Los soldados estaban muy atentos al oír que el mismo sargento les proporcionaba una buena excusa; y todos protestaron que habían sido maleficiados; pero lo cierto es que ellos tenían aun las cabezas tan trastornadas que no veían nada ni sabían lo que decían. Uno de ellos hubo, que aseguró, con media docena de juramentos, haber visto pasar por el cuerpo de guardia al Manto Verde con el preso, y hubiera llamado á sus camaradas á poder hacerlo, pues algun ser invisible le compelia á guardar silencio.

El sargento dió un parte muy circunstanciado de todo esto al comandante, mas como este estuvo ayer en un convite muy suntuoso, y segun cuentan sus criados, volvió borracho á casa, no trató de levantarse entonces.

Dos horas despues se relevó toda la guardia: la centinela de la puerta habia desaparecido. El sargento, mi padre, yo y todos los soldados fuimos arrestados y presentados al comandante, y él mismo nos examinó. Todos declaramos bajo juramento lo que habiamos oído y visto. Los soldados decían, que teniendo los ojos abiertos vieron pasar el Manto Verde con el preso, y que le hubieran agarrado y muerto, á hallarse en otra disposicion, pues ni siquiera podían mover un dedo; y cuando quisieron dar gritos, sus voces quedaban ahogadas en sus gargantas: que el Manto Verde tenia un enorme pie hendido, y una larga cola rodeada de llamas; que la puerta se abrió sin tocarla; y que así que se marchó dejó un olor endemoniado de azufre.

Bien sabia yo que todo esto no era cierto, y que juraban en falso; pero como ví que el comandante empezaba á estar perplejo, y á considerar á mi padre menos reo, dejé que jurasen cuanto les diese la gana, y que vendiesen sus almas al diablo. Bien que todos ellos son unos pícaros. Cuando presentaron el Manto Verde que se encontró á la puerta de la casa, el comandante y todos los oficiales apartaron la cara haciendo gestos porque despedía un olor pútrido como de carne corrompida. Se caía á pedazos, y un boton fué rodando á los pies del comandante. El sargento halló en un bolsillo del manto un pedazo

de papel escrito que apenas podia leerse. A mi sola me pusieron en libertad; con cuyo motivo vine corriendo á contar á Narcisca la fuga de su amo. El comandante está ahora en consulta con los oficiales. La pequeña Carolina ha sido examinada nuevamente, y puesta en libertad, bien que amenazándola que la matarán si dice la mas mínima cosa de las preguntas que la han hecho, ó de las respuestas que ha dado; de modo que la chica está ahora tan muda como una estatua. El comandante está que no sabe lo que hacer despues de haber oido la historia del Manto Verde; y dicen que hay alguna cosa en el pedazo de papel, que le trae al retortero. Tambien andan averiguando donde está Tomás; han examinado el vino que dió á los soldados, y han descubierto que tenia veneno.

Tal vez será ópιο, interrumpió Jalons. Si, ese es el nombre que han dado al jarope, continuó María. Asi es que están tan amodorrados que no se pueden tener, y puede ser que mueran algunos; lo cual importa poco, porque no tienen un pelo de hombres de bien, y me parece que se los llevará á los infiernos el diablo de quien son muy amigos. Si paso alguna pena es por el pobre viejo Tomás, porque como le atrapen le fusilarán sin ceremonia.

Despues de esta narracion Ceferina hizo un buen regalo á la muchacha, y cuando se marchó todos tres empezaron á perderse en un laberinto de conjeturas respecto del Manto Verde de Venecia, hasta que últimamente Esteban dijo: dejemos esto; lo que importa es saber que el Sr. Meliton está libre: lo demas queda á cargo del cielo. Jalons, pasando la mano con mucha inquietud por su frente, dijo en voz baja: hasta tanto que no sepamos algo de él no estaré tranquilo.

No me abandonen ustedes, prorrumpió tristemente Ceferina, estendiendo sus manos á entrambos. Estoy demasiado afligida y no puedo estar sin tales amigos. Ambos besaron sus manos, pero Jalons sintió una presion de la delicada mano de ella, y la tuvo en sus lábios un momento.

Para hallar Ceferina algun alivio en su triste situacion, é impulsada al mismo tiempo del mas honesto deseo, convidó á una tia suya á que fuera á vivir con ella, de este modo, ademas de vivir en agradable compañía, cerraba la boca á la maledi-

cencia, que no pierde ocasion de echar por tierra la conducta de la doncella mas recatada. El viejo Esteban fué nombrado cajero; y Jalons tomó el encargo de dirigir la correspondencia.

Aunque los negocios de la casa volvieron á entrar en el órden antiguo, con todo, el corazon de Ceferina continuaba sin hallar descanso. Cada dia crecia mas y mas su amor por el jóven Jalons; cada dia oia elogiar el celo con que desempeñaba los negocios, y el fiel interés con que promovia el honor de la firma; la laboriosidad con que trabajaba en el escritorio, sobresaliendo entre los demas dependientes; últimamente, su genio suave y alegre, y mil pruebas de la generosidad de su corazon. Solamente con ella se mostraba frio y silencioso; solamente delante de eila era reservado y formal, en términos que nunca podia empeñarle en una conversacion familiar. Por otra parte la tia lo echaba á perder todo sin ninguna intencion, porque continuamente se transportaba al hablar del jóven, y cada dia descubria una nueva recomendacion. Con estas alabanzas atizaba la llama que consumia el corazon de su sobrina, sin saber el estrago que hacia. Ceferina escuchaba horas enteras lo que su habladora tia solia contarle, pero disimulaba.

Carolina, como ya hemos dicho, estaba en libertad, y Ceferina buscó una ocasion para hablarla á solas, con el designio de saber algunos pormenores acerca de la muerte del correo por su padre; mas la muchacha, que habia sido tan habladora como una cotorra cuando solia ir de paseo con el Sr. Meliton, callaba ahora como un sepulcro. ¡Tal fué el temor que la inspiraron!

El comandante me matará, decia ella, cruzando sus manecitas al pecho. No me atrevo á decir nada. Papá me dice que los soldados no estarán siempre aquí, y cuando se vayan contaré á Vd. todo.

Al menos dime, querida mia, dijo Ceferina estrechándola contra su pecho, y juro por el cielo y la esperanza que tengo de salvarme, de guardar secreto, dime si mi padre mató realmente al correo. Si, respondió Carolina sacudiendo su cabeza, él le atravesó de parte á parte al correo, él le atravesó; mas con todo no es asesino.

El mismo dia se halló el cadáver de un ahogado en el rio. El oficial á quien se encargó su exámen, aseguró que era el

cuerpo del viejo Tomás; y muchos de los que se acercaron á verlo fueron de la misma opinion. El jóven Jalons fué enviado para dar una declaracion acerca de la identidad de la persona: era en realidad el cuerpo del viejo Tomás. Como el cuerpo estaba en un estado completo de putrefaccion, fué enterrado inmediatamente; y segun es de costumbre en semejantes casos, las deposiciones de los testigos se presentaron al comandante.

Al dia siguiente por la mañana Jalons se presentó á reclamar los dos mil duros depositados en poder del comandante, y le recordó su palabra de honor de devolverlos en caso que la muerte de Tomás se probase de un modo satisfactorio. El comandante echó sapos y culebras por su boca. Las deposiciones son falsas, dijo gritando: todos ustedes son una gavilla de pícaros que tratan de engañarme.

Señor, respondió Jalons con entereza pero respetuosamente, las declaraciones son auténticas; Vd. no es comandante de una gavilla de pícaros, sino de una plaza, cuyos habitantes tienen la fama de ser los hombres mas honrados del imperio.

Y bien, ¿quién ha dicho que el cuerpo del abogado es Tomás? continuó el comandante: Vd. ¿Quién tiene el mayor interes en asegurarlo? Vd. Está Vd. pues seguro que no devuelvo los dos mil duros. Además de que no tengo dinero: los dos oficiales que estuvieron conmigo se llevaron cada uno su parte.

A fin, replicó Jalons, que yo pudiera formar una alta opinion de Vd. sin duda. El dinero debió haber permanecido intacto en depósito, porque no era un regalo. Si Vd. ha permitido que otros se llevasen alguna parte de él, Vd. es responsable de toda la cantidad; y si no cree Vd. la declaracion del oficial que ha inspeccionado el cadáver, ni tampoco la mia, desentiérrese el cuerpo, y millares que conocian al viejo Tomás confirmarán lo declarado.

¡Cómo! ¡otra vez con el cuerpo! exclamó el comandante ¿Se turbará nuevamente el sepulcro por asuntos de la casa de Vd?

Pues vengan los dos mil duros: dijo Jalons, volviendo al caso de que se trataba.

Pídaselos Vd. al sepulcro: fué la respuesta del comandante; y le mandó que se fuese.

No pasaron muchas horas sin que empezára el horrible tra-

bajo. Centenares de personas que habian conocido al viejo acudieron al lugar, algunas movidas de la curiosidad, otras porque fueron citadas. Todos los circunstantes aseguraron que era el viejo Tomás; solamente el vestido era diferente del que él acostumbraba á llevar. Al examinarlo mas atentamente el cirujano, descubrió una herida profunda en el cuello del cadáver. Todos se estremecieron al verla. Esta es otra víctima cuya sangre caerá sobre el alma del comandante, decia la multitud. Estas palabras y las nuevas declaraciones llegaron á oídos de él por medio de los oficiales que despachó para ver lo que pasaba. Lleno de rabia, al ver que tenia que devolver los dos mil duros, exclamó: Entiérrese el muerto en una encrucijada. Sin embargo, no lo pudo llevar á efecto, porque el pueblo se opuso firmemente. Tomás, decian todos, era muy buen cristiano, y no es posible que se haya muerto á sí mismo. La herida es hecha por otras manos, y en verdad que no es cosa rara en estos tiempos. El comandante no se atrevió á oponerse á la voz general del pueblo, que pedia una sepultura honrosa para el muerto, y al fin condescendió tácitamente.

Jalons escribió al comandante pidiéndole los dos mil duros; la respuesta fué que trataría sobre este asunto con Ceferina, que era la dueña de la casa. En efecto, vino y quiso persuadirla con gran maña á que desistiese de su pretension; mas ella remitió el asunto á Jalons, en cuyas manos estaba el manejo de la casa. El comandante mudó de conversacion, y estaba á punto de irse cuando la criada de Ceferina entró con una carta que le habia entregado un muchacho desconocido. Ceferina, despues de pedir permiso al gobernador, abrió la carta, mudó de color, rió, gritó, tembló, suspiró, y sin saber lo que la pasaba, exclamó llena de alegría con sus manos cruzadas en ademan de orar: ¡Vive!

El comandante que la estaba observando con mucho cuidado, preguntó quien era la persona cuya vida parecia ser para ella de tanta importancia; y al mismo tiempo cayó de la mano de Ceferina un billete. El lo alzó, y con una grosería impropia de su carácter, empezó á leer estas palabras. Vivo: estoy libre y soy feliz: espero verte pronto, querida hija mia. ¡Con que es de vuestro padre! exclamó el comandante asom-

brado. Pero señorita, ¿no me dirá Vd. dónde está? Mas advierto que hay otro papelito en la cubierta; tal vez nos aclarará algo mas este secreto.

Ceferina cogió el papel, que ya lo habia observado antes, pasó la vista por encima de él á toda priesa, y volvió á doblarlo; el comandante hizo que se le entregase, aunque ella se resistia; pero no pudo menos de obedecer toda temblando.

No bien habia empezado á leer, cuando exclamó: El duende anda aquí; este es el Manto Verde de Venecia: la escritura es de la misma mano que la de aquellos tres malditos pedazos de papel hallados en los tres mantos. En seguida lo arrojó al suelo, echando al mismo tiempo un execrable juramento, pateó, rechinó los dientes lleno de rabia, y se salió corriendo de la sala, cerrando la puerta con tal violencia que se estremeció toda la casa.

Algun tiempo pasó antes que Ceferina pudiera recobrase de la agitacion en que la puso esta escena, y volviendo en sí, alzó el billete del suelo, y leyó estas palabras:

«Tu padre está en parte segura, en prueba de ello te mando el billete adjunto, escrito de su mano. Está inocente del crimen que le imputan. Todo ha sido fraguado por la estupidez y maldad de ese miserable que le puso preso, y á quien alcanzará la justicia del Señor algun dia. El teme á las almas del otro mundo y aprenderá á temerlas mas. Sabe el Señor todas sus maldades; cuando me sea permitido salir de mi tenebrosa morada, conocerá hasta donde llega su poder para castigarle con arreglo á sus crímenes.»

El Manto Verde de Venecia.

Una hora despues el comandante envió á pedir á Ceferina el billete misterioso bajo cubierta sellada con lacre. Así que lo recibió cortó hasta las palabras que mas de cerca le interesaban, y lo mandó con un correo de Venecia dirigido á la casa de Confortini, preguntándole si conocia la letra y de quien era. La respuesta de aquel llegó sin pérdida de tiempo, reducida á que el billete adjunto estaba sin duda escrito por su difunto hijo Anselmo, pero que no podia decir en qué tiempo, ni con qué motivo pudo haberlo escrito.

El comandante empezó á reflexionar sobre esto muy seriamente, y no sabiendo como resolver el enigma de todo cuanto le habia pasado desde que intervino en la casa del Sr. Meliton, llegó por último á creer en la intervencion extraordinaria del Manto Verde de Venecia, sin jamas poder evadir el lazo que al abrigo fingido de un espectro ceñia su limitado talento. Perseguido por la idea de que antes de la muerte sería castigado por este terrible sér, como instrumento de la justicia de Dios, resolvió inmediatamente aplicarse á reparar los daños que habia causado. Lo primero que hizo fué devolver los dos mil duros; desde este momento llegó á ser tan condescendiente, tan tratable y humano, que ninguno podia atinar con el motivo de una mudanza tan repentina. La mayor parte de las gentes lo atribuia al crítico estado de los negocios políticos. La situacion del ejército francés, que estaba al sur de la Alemania, llegó á ser muy precaria, despues de lo ocurrido á la parte del norte. La llamada del rey de Prusia á la juventud guerrera de sus dominios, resonó en toda la Alema-

nia, y encendió el fuego del patriotismo en todos los nobles corazones. Los valientes jóvenes corrian á millares á Breslaw á combatir bajo las banderas prusianas, impacientes por tener parte en la lucha que iba á dar paz á la Europa, libertándola de su usurpador.

Yo me voy, dijo Jalons una noche estando en un convite de jóvenes amigos; yo me voy, y los que tengan el corazon bien puesto, y sientan arder en él el amor patrio que á mí me devora, síganme. Todos se levantan unánimamente, todos dán su palabra de honor de acompañarle á Breslaw, y alistarse allí como voluntarios prusianos, y llenando sus copas con vino del Rin, todos brindan á la libertad de su patria. En seguida fijaron dia y lugar dónde reunirse para hacer juntos el viaje á Silesia, encargándose unos á otros el mayor secreto en sus movimientos.

Al dia siguiente muy temprano, Jalons comunicó su resolucio[n] á Esteban, encargándole empero el mayor secreto. Sr. Jalons, le respondió poniendo ambas manos sobre los hombros del jóven; ¿qué acaba Vd. de hacer? Ahora que está Vd. en el camino que debe guiarle á las riquezas y bienestar, no vaya Vd. por esos mundos á perecer como un desdichado. Si, Sr., hasta ahora no he querido hablar de este asunto, por no ser el primero en romper el silencio; pero ya no puedo aguantar mas. Nuestra Ceferina, á pesar de las pérdidas de la casa, todavia tiene medio millon de duros: ¡Y qué muchacha!

Dejémonos de chanzas, porque tenemos otros asuntos mas graves de que tratar, dijo Jalons; la rica heredera del medio millon está destinada para cosas mayores; y aun cuando me hubiera dejado deslumbrar por sus atractivos, tengo bastante juicio para conocer que ella oiria la propuesta de un pobre trompeta como yo, asi como quien oye un ciento de locos.

¡Cuán equivocado está Vd., amigo mio! exclamó Esteban, apostaria todo lo que tengo á que ella no le diria un no. Su tia me ha contado muchas cosas; y dejémonos de cuentos, Sr. mio, que el modo con que la muchacha le mira á Vd. no deja la menor duda; á perro viejo no hay tus tus.

El proyecto en que me he empeñado, dijo Jalons, debe ejecutarse inmediatamente, ó vamos á ser descubiertos. Pienso salir esta misma noche con mis amigos; haré á Vd. la entrega de las cuentas, libros y papeles. ¿Querrá Vd. decir á Ceferina cuál es mi intencion? pero solamente á ella, á nadie mas, y se fué.

Asi que volvió Jalons, recibió un recado para presentarse á Ceferina. Luego vió que ella habia estado llorando; esta señal, que corroboraba lo que Esteban habia contado, le fué muy agradable. Alargóle ella su mano, diciéndole con voz que demostraba su pesar: ¡Con que va Vd. á dejarnos, querido Jalons! Yo creia que no abandonaria Vd. nuestra casa: no obstante, apruebo su resolucio[n]: jamas las ventajas particulares deben entrar en competencia con el bien público. Pero ¡ay! son estos unos tiempos tan peligrosos! Millares..... (continuó ella con los ojos hinchados de lágrimas) millares serán sacrificados antes que pase la crisis

en que nos hallamos; y ofreced en ese altar agosto de patriotismo lo que voy á daros. Entonces le entregó todas sus joyas y adornos, y una suma considerable de oro. Yo no puedo como Vd. ofrecer mi sangre y mi vida; pero cuando las esposas y las hijas se reúnan en las iglesias á pedir al Altísimo la conservacion de aquellos que aman... y paróse aquí cediendo al peso de su dolor. Jalons arrebató su mano, y llevándola á sus lábios, exclamó: sí, querida criatura angelical, orad por mí y Dios estará conmigo. Este momento, Ceferina.... este momento me recompensa por todo lo que he sufrido hasta ahora en esta casa. Muy pocas horas me quedan. Voy á hablar con franqueza. Desde el momento que me arrodillé cerca de Vd., en el altar mayor, la consagré mi corazón, sin faltar á los deberes sagrados de mi Dios y religion. Mi inferioridad y pobreza, juntamente con la frialdad y casual orgullo con que Vd. me trató en un principio, enfrenaron las esperanzas que mi vanidad pudo haberme sugerido en otros tiempos. Mas ahora, en estos últimos momentos, esas lágrimas recompensan altamente cuanto he hecho inspirado del amor y del deber.

¡La frialdad y casual orgullo! repitió Ceferina, moviendo su cabeza y dejando escapar una sonrisa por entre sus lágrimas. ¡Ah! querido amigo, cuán poco conoce Vd. el corazón de la muger! no haya, pues, mas secretos entre nosotros. La frialdad de que Vd. se queja nació solamente de la cautela con que tenia que proceder con todos los hombres, por razón de mis riquezas y de los importunos que me aquejaban. A haber sido pobre, la sinceridad de mi adhesión hubiera sido manifiesta; mas siendo rica, tenia que ser reservada. También tenia yo otras razones para obrar así con Vd.

Calló, y llevó la mano al corazón; mas cogiéndola Jalons y poniéndola sobre el suyo. ¡Otras razones! exclamó; acaba Vd. de decirme que no habrá secretos para entrambos.

Su escensiva desconfianza le cegó á Vd. ¿Para qué mas razones? Bien pudiera Vd. haberlas hallado, añadió ella bajando los ojos, en Vd. mismo.

¡Oh Ceferina! exclamó Jalons, acaba Vd. de decirlo todo, sin tenerme tan suspenso.

Y respondió ella temblando y en voz baja, á Vd. toca primero decirme que me amaba.

¡Ceferina mia! gritó Jalons arrebatado de júbilo. Un sincero, puro é inocente abrazo selló en tan feliz momento la confianza de los dos amantes.

Mas despues de un rato de suspension, la hizo Jalons esta pregunta: ¿Aprobará su padre de Vd. nuestro amor?

Su único deseo, respondió Ceferina con dulce sonrisa, es la felicidad de su hija, y sin Vd. yo nunca la hallaré en este mundo. Mi padre sabe como pienso, y es de su aprobacion. Pocos dias antes del desgraciado suceso del correo, el conde de Blusens llamó á mi padre y le pidió mi mano para su hijo. La vanidad de mi padre quedó muy lisonjeada con la propuesta, y me pintó las buenas prendas de aquel

jóven con los mas hermosos colores; añadió que se alegraría mucho que esta union fuese de mi agrado, como esperaba que lo sería, por cuanto nada podia decir en contra del propuesto conde, de su talento y prendas personales. Mi respuesta fué de que no me desagradaba, pero que no podia amarle, y esto le puso un poco de mal humor.

A nadie amas tú, dijo él algo enfadado, é iba á salir del cuarto, cuando haciéndome alguna violencia le confesé que te amaba. Sobresaltóse al pronto, mas luego observó que varias veces habia notado en mi cierta parcialidad á favor tuyo. Aunque eras pobre, con todo... En suma, declaró que si yo te amaba con la sinceridad de preferirte al conde, y que tu abrigases los mismos sentimientos para conmigo, por su parte consentiría alegremente en nuestra union.

Despues de esta esplicacion y el modo cariñoso con que habló Ceferina, todos los temores de Jalons se desvanecieron, y su alegría no conocó limites.

Así pasaron ambos la hora mas feliz de sus vidas, y tal vez la última que pasarían juntos. Los dos temian hablar de la despedida, pero al fin, Ceferina rompió el silencio, y le dijo: Esta mañana hablabas de ir á Breslaw; supongo que ya habrás abandonado semejante idea. No despedaces mi corazon, contestó Jalons, con semejante pregunta. Debo ir: Dí mi palabra de honor cuando nada me importaba la vida, porque entonces dudaba que me amases; ahora que empiezo á vivir me veo forzado á guardarla. En seguida la esplicó en los términos mas fuertes que el honor y el deber á la par le mandaban imperiosamente que no abandonase á sus compañeros, á quienes habia él mismo empenado en la causa; le aseguró tan afectuosamente al mismo tiempo que preferiria el quedarse al irse. Ceferina se levantó de repente, y casi sin poder contener sus lágrimas le dijo tiernamente: «Vete, querido Jalons, mucho siento que no puedas quedarte; mis ruegos te acompañarán, siempre estaré contigo.»

El momento de la partida llegó entretanto. Jalons habia citado á sus jóvenes amigos para reunirse en una venta á cuatro leguas de la ciudad, y debian estar allí á las cuatro de la tarde. Ceferina y su tia, á quien ya habia esplicado sus amores con Jalons, acompañaron á este hasta la venta, donde estaban preparados carros y caballos para llevar á los voluntarios con la mayor celeridad á la frontera, porque con motivo de la diaria salida de jóvenes que iban hácia el Norte á reunirse con los ejércitos prusianos, el comandante empezó á espiar todos los movimientos de la juventud de la plaza.

Diez y seis valientes estaban esperando ya en la venta á Jalons, á quien recibieron clamoreando repetidos vivas. El momento de despedirse los amigos de ambos sexos, que habian venido de la ciudad acompañando á los jóvenes aventureros, fué estremadamente tierno. Jalons y Ceferina se prometieron un amor invariable; él la estrechaba en sus brazos y ella estaba cuasi á punto de desmayarse, cuando él embriagado con la felicidad de verse tan tiernamente amado, confió á su oído

el secreto sepultado tanto tiempo en su fiel corazón. Ceferina, dijo en voz baja, yo no soy Jalons, soy Anselmo Confortini, el Manto Verde de Venecia.

En este momento un jóven, que estaba observando aquellas cercanías, dió un grito. "¡Los gendarmes vienen!" Todos los voluntarios saltaron á los carros: echaron á correr de tal modo, que en breves minutos se pusieron fuera del alcance de los gendarmes.

Ceferina habia quedado en un deliquio de amor, hasta que los gendarmes chasqueados la volvieron en sí. Lo primero que dijo fué: ¡Anselmo Confortini! como quien despierta de un sueño espantoso, y estremeciéndose con la idea de haber hablado con aquel misterioso ser salido del sepulcro; pero el recuerdo de su amable y virtuosa produccion destruyó el horror que empezaba á sentir, y se convenció que su jóven y hermoso amante no podia ser el mismo que estaba implicado de un modo tan inesplicable en la historia de su casa.

Cuando volvió á ella toda la ciudad estaba llena de regocijo, se habian recibido órdenes una hora antes para que todos los militares acuartelados allí, saliesen al dia siguiente por la mañana, y fuesen á marchas dobles al Norte, donde los preparativos de los Rusos y Prusianos hacian temer el pronto rompimiento de las hostilidades. Vióles pasar Ceferina llena de tristeza, porque el temor la representaba que todos aquellos millares de armas iban á apuntar al corazón de Anselmo, y en todo el dia apenas pudo tranquilizar su espíritu. Cansada de llorar, hallábase sola al anochecer, pensando en su ausente amante, cuando oyó un ligero ruido á la puerta, y abriéndose ésta entró el viejo Tomás. Al verlo dió un grito de horror y asombro. Tomás, que habia sido hallado degollado, que habia sido sacado medio podrido del agua, reconocido por tantos, y en seguida llevado á la sepultura, y ahora se presenta limpio y lindamente vestido ante ella, y dice con su acostumbrada sonrisa: No se asuste Vd., señorita, soy yo.

¡Santo Dios! ¿es posible? exclamó Ceferina, que no se atrevia á creer lo que estaban viendo sus ojos. Tomás entonces contó brevemente sus aventuras.

En aquel terrible dia en que fué puesto preso el padre de Ceferina, habló Jalons á Tomás de este modo: Tu amo está acusado de asesino, mañana vá á ser juzgado por una comision militar y quizás fusilado. Tú eres hombre de bien y descanso en tí. N. N. están de acuerdo, tú les conoces, dales este vino como si fuera de tu amo. No bebas de él, y déjalos á las once de la noche. El vino no matará á ninguno de esos pícaros, pero les hará roncar de lo lindo. Cuando tu amo vea que la guardia está dormida, aprovechará la ocasion de escaparse, y si lo logra, el premio que te aguarda es superior á tus deseos. No vayas á casa esta noche sino á la del verdugo, y espérame allí hasta que yo venga á darte nuevas instrucciones.

Sin duda Dorotea, hija del verdugo, debió saber antes la llegada del viejo Tomás, porque estaba sentada esperándole, y llevándole muy

despacito á una especie de casita detrás de la suya, le hizo una cama con pieles de carnero.

Por la mañana llegaron los gendarmes y preguntaron á Dorotea, que estaba en la ventana, si sabia algo del Sr. Meliton, que pocas horas antes se escapó de la cárcel, pues les habian dicho que habia tomado aquel camino; y ella respondió que no habia visto á nadie, porque hacia poco tiempo que se habia levantado. El perillan debe estar aqui, dijo uno de los soldados apeándose. Abre la puerta, gritó otro, lo mejor es salir de dudas.

Dorotea cerró inmediatamente la ventana, y al abrir la puerta de la calle, acometieron á los gendarmes lo que menos docena y media de perrazos ladrando como desesperados. El que se habia apeado volvió á montar á caballo en un cerrar y abrir de ojos. Cierra esos perros que muerden como demonios, gritaron á un tiempo sus compañeros. No me obedecen á mi, respondió Dorotea, y estoy sola en casa. Aun no acabó de decir esto cuando el perrazo mas tremendo de la casa, dió un buen mordiscon en la pierna á un gendarme. Desistieron los gendarmes de su intencion, y echaron á correr á galope, perseguidos hasta una gran distancia por los perros, en tanto que Dorotea rebentaba de risa.

Quince dias despues, continuó diciendo Tomás, me llamó una noche Dorotea y me dijo que subiese á un carro cubierto que estaba á la puerta, y en el cual encontré una persona que no me habló una palabra. Al dia siguiente, así que amaneció, ví que era el tabernero de la esquina de nuestra calle. Viajamos sin descansar hasta Hermansstad, en la Transilvania, donde tenia algunos negocios, y allí viví con otro nombre en casa de sus padres. Me contó que estaban haciendo mil diligencias para prenderme, y que mientras el enemigo estuviese en el pais no era prudente volver á él. Al cabo de cuatro semanas, el padre del tabernero estaba para venir aquí, y no pudiendo yo aguantar mas tiempo, le supliqué que me llevase consigo. Antes de llegar oí que aun estaba el comandante y fuí á parar á la casa de Dorotea, por medio de la cual hice saber mi llegada al Sr. Jalons. La muchacha se asustó al verme entrar, muy persuadida de que yo me habia tirado al rio, y que mi cuerpo habia sido hallado y enterrado. El Sr. Jalons, que vino aquella tarde á verme, me reveló el misterio. Con la mira de recobrar los dos mil duros depositados en casa del gobernador por causa mia, hizo correr el ruido de que yo era el ahogado; hubo muchos que aunque sabian lo contrario, para darle gusto y pegar un chasco al gobernador aseguraron lo mismo; y de este modo rescató el dinero, y evitó que los gendarmes me persiguieran.

¿Y dónde está mi padre? preguntó al momento Ceferina.

No sé una palabra tocante á él, respondió Tomás, mirándola afectuosamente. Pasó por el corral que está detrás de la casa del verdugo, pues Dorotea le vió, pero á donde fué, eso solamente Dios lo sabe.

La entrada de los padres de la pequeña Carolina interrumpió esta conversacion. La criatura observó hasta entonces el mas profundo silencio

respecto de la muerte del correo. Sus padres habian probado muchas veces con persuasiones, alhagos y amenazas averiguar de ella las circunstancias de aquel desgraciado suceso; pero su respuesta era constantemente: «Si lo digo me fusilarán.» Ahora que el comandante y las tropas se habian ido, y que todos creian no volverían mas, perdió el miedo que tenia y contó todo el caso. Los padres se apresuraron en participarlo inmediatamente á Ceferina.

Parece que el Sr. Meliton pasaba por el bosque á tiempo que la niña vió un escarabajo, de la especie llamada por los naturalistas *scarabæus sabulosus*, (1) y como era muy bonito quiso cogerlo. El caballero le dejó las riendas del caballo y se apeó; habiéndolo cogido le atravesó un alfiler y lo clavó en el brazo de la silla. Esta era toda la historia del atroz asesinato.

Ceferina se preparaba á hacer saber á su padre, por medio de papeles públicos, que podia volver sin peligro, cuando él mismo le aborrió el trabajo, presentándose una noche sano y salvo, con no poca admiracion y alegría de su hija y demas gentes de la casa. Despues de su fuga habia ido primeramente á Raab, en la Hungría, y de allí á Esmirna, donde vivió con la mayor seguridad con un nombre supuesto. En cuanto al modo de fugarse por la intervencion del Manto Verde, cuyo secreto divulgaron el carcelero hablador y su hija, el Sr. Meliton no quiso decir una palabra. No hagas caso de eso, dijo despues de una breve pausa, tiempo vendrá en que se aclarará el pantómico misterio. Hay muchas cosas en el mundo que parecen de otro orden, pero conocidas en realidad son tan sencillas como el caso del Correo.

Sintió muchísimo la ida de Jalons, especialmente desde que oia á todos hacer los mayores elogios de él. No se le cocia el pan, como suele decirse, á Ceferina, hasta hacer saber á su padre sus deseos, y el estado en que se hallaban sus amores. Al fin, muy entrada la noche, se presentó una ocasion. Pensando en mi triste soledad, dijo el padre, he prometido recompensar la ternera filial con que suavizas las penas de mi vejez, contribuyendo con todo mi poder al logro de tus deseos. Dime, pues, querida Ceferina, ¿qué quieres que haga por tí?

Animada ella con tanta bondad, le reveló los secretos de su corazon, á excepcion solamente de las últimas palabras de Anselmo. Su padre la volvió á estrechar en sus brazos. Jalons es pobre, dijo en seguida, con un tono muy afable, pero es hábil, industrioso y hombre de bien; tú le amas. Pues bien, si Dios le saca con bien de los peligros de su nueva carrera bendeciré vuestra union.

Yo conocí á Anselmo, prosigue el Autor, en Breslaw. Despues de la batalla de Culm, le volví á encontrar entre los heridos en el hospi-

(1) Conviene decir, para aclarar mas este pasage, que especie de animalito es este. Tiene la espalda verde y en cada alita cinco manchas blancas. La parte inferior del cuerpo, las piernas y los cuernecitos de color de cobre con cierto tinte azulado. Se encuentra en terrenos arenosos; es muy ligero, y de aqui viene que en Alemania se le llama vulgarmente, el Correo.

tal de Toplitz. Habia sido herido en el pie izquierdo y estaba echado en la paja, juntamente con muchos amigos míos. Así que entré me conocí y me llamó á su lado. Mientras estábamos conversando oímos el ruido que hacia la paja que estaba enfrente de nosotros en la sala, causado por el movimiento de un oficial frances que habia sido herido gravemente y hecho prisionero. Alzó su palida y espantosa cara, y dirigiendo por unos instantes sus lánguidas miradas á mi amigo, exclamó con señales de una fuerte emocion: Allí está: él es. ¡Allí está el Manto Verde de Venecia! Te conozco, ¡ser terrible! vocifero en el frenesí de su calentura, y batido del choque de unas fuertes convulsiones, dijo: la eterna noche de la muerte vá á envolverme en el momento entre las negras sombras de su manto. Muchos son mis pecados: soy delincuente, pero la clemencia infinita de mi Dios generoso, padre amantísimo de sus criaturas, me anima, me infunde la mas viva esperanza de que seré perdonado, reconocido como estoy de haberle ofendido. Dicho esto con la espresiva ternura de una muy cristiana confianza, empezaron á chorrear raudales de sangre de las tres heridas de sable que tenia en su cabeza, cayó hácia atras encima de la paja; y despidiendo un suspiro triste, que enterneció á todos los que estábamos en la sala, espiró. Fué corriendo á él, pero ya habia muerto.

Anselmo le conoció: era el comandante de la ciudad donde vivia el Sr. Meliton; y me contó todas las particularidades ocurridas en los datos anteriores. Algun tiempo despues tuve que ir á Praga, donde fueron trasladados los heridos, y pregunté por Jalons, y me dijeron la casa donde se hallaba, tratado como uno de la familia. Fué corriendo á verle, y hallé sentado á un lado de la cama á un hombre anciano, y al otro lado la jóven mas amable. El Sr. Meliton y Ceferina habian llegado pocos dias antes, para llevarse á su casa al jóven militar, en vista de la declaracion de los facultativos de ser inútil para el servicio.

Todos sus amigos, y la mitad de los habitantes del pueblo, segun él me escribió despues, salieron á recibirle á la venta de que hemos hablado antes. Era el único del pueblo que se halló en la sangrienta batalla de Culm, bajo los estandartes victoriosos de la Alemania. Los habitantes recompensaron su valor y sus virtudes llevándole en triunfo por las calles; el Sr. Meliton sus servicios importantes dándole la mano de su hija, y ésta entregándole su corazon y amándole sin límites.

FIN.